EL LARGO CAMINO DE
OLGA

EL LARGO CAMINO DE
OLGA

De la estepa rusa a la pampa argentina,
una niña de 12 años vive una historia de superación
y amor en un mundo conmocionado por
las dos guerras mundiales

YOLANDA SCHEUBER

nowtilus

Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: El largo camino de Olga
Subtítulo: De la estepa rusa a la pampa argentina, una niña de 12 años vive una historia de superación y amor en un mundo conmocionado por las dos guerras mundiales
Autor: © Yolanda Scheuber

Copyright de la presente edición © 2008 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Diseño de interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-902-6

Dedico este libro

A mi abuela Olga, quien me legó la riqueza de su sabiduría, el valor de su experiencia, su fortaleza en el trabajo y su espíritu de lucha.

A mi padre Roberto, por ser una simiente maravillosa de aquel "árbol bueno" que me transmitió mucho de lo que sé de Olga.

A mis tías Amalia y Olga Esther (*Tití*) y a mis tíos Francisco (*Pancho*), Enrique y Luis porque fueron su reflejo y porque compartieron junto a mi padre aquellos maravillosos años de infancia junto a Olga como herederos de aquel caudal de afectos, fortaleza, lucha y trabajo.

A mi hermana Victoria, quien compartió conmigo largas horas de dedicación y asistencia, dándome fuerzas y consejos para que todo saliera bien.

A mi esposo Nicolás y a mis hijos Nicolás, Santiago y Magdalena, quienes me brindaron su silencio y sugerencias desinteresados para que pudiera concluir este sueño.

A mis primos Olga, Marta, Nilda, Óscar, María Esther, Azucena, Delia, Nélida, José, Luis, Bernardo, Patricia, Guillermina y Carolina para que puedan descubrir, a través de estas páginas, el largo camino que Olga tuvo que desandar para que todos nosotros estuviéramos aquí y fuéramos la continuación de su fructífera vida.

A Delia Hernandorena de Battistoni, con mi agradecimiento por su gentil mecenazgo.

ÍNDICE

PRÓLOGO 13

CAP. I: ANSIAS DE LIBERTAD 17

CAP. II: LA LLAVE DE UN SECRETO 33

CAP. III: LAS FUERZAS ANTAGÓNICAS DEL ALMA 47

CAP. IV: LA CIUDAD DE MIS SUEÑOS..... 59

CAP. V: LOS PASOS LEGALES PARA LA LIBERTAD 73

CAP. VI: EL REGRESO A CASA 91

CAP. VII: LOS TORMENTOS DE LIDIA.....101

CAP. VIII: NUESTRA CRECIENTE POBREZA.....111

CAP. IX: MI ÚLTIMO AÑO EN RUSIA 121

CAP. X: EL VIAJE EN BARCO.....131

CAP. XI: NAVEGANDO HACIA SUDAMÉRICA 141

CAP. XII: EN TIERRAS LEJANAS 151

CAP. XIII: EN LAS PAMPAS ARGENTINAS 161

CAP. XIV: UN CLIMA DE INCERTIDUMBRE 171

CAP. XV: COMO SUMERGIDA EN MEDIO DE LA NADA 181

CAP. XVI: LA DESPEDIDA 189

CAP. XVII: EN BUSCA DE MI IDENTIDAD 197

CAP. XVIII: MI NUEVA VIDA 207

CAP XIX: LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL 219

CAP. XX: LA AUSENCIA DE AUGUSTA 229

CAP. XXI: MIS NUEVOS VÁSTAGOS 239

CAP XXII: EL RETORNO 253

CAP. XXIII: UNA EXTRAÑA EXPERIENCIA 267

CAP. XXIV: UNA CASA DE LEYENDA 277

CAP. XXV: CASI UNA DESGRACIA 285

CAP. XXVI: UNA VISITA INESPERADA 295

CAP. XXVII: LA PARTIDA 303

CAP. XXVIII: MIS MIEDOS Y ALEGRÍAS 311

CAP. XXIX: LOS SUEÑOS POR TIERRA 321

CAP. XXX: MIS DÍAS EN SOLEDAD.....331

CAP. XXXI: LA TRAGEDIA DE AUGUSTA 341

CAP.XXXII: EL ÚLTIMO TRAMO 351

EPÍLOGO 355

NOTA DE LA AUTORA.....359

PRÓLOGO

Podría haber escogido guardar en mi recuerdo todo lo que nuestra gran abuela volcó en charlas y confidencias en mis oídos. Sin embargo, como guiada de su mano, decidí un día sentarme durante horas a mi mesa de trabajo para dejar testimonio de su asombrosa vida. Tal vez esta historia sirva para avivar el recuerdo, a pesar de los años, de otras personas de distintos lugares del mundo que, como Olga, tuvieron que pasar por situaciones similares o para que cada uno de nosotros comprendamos que quienes fueron nuestros abuelos tuvieron que vivir sus vidas de intenso sacrificio, luchando con esfuerzo y voluntad, para poder hacer de este mundo un sitio mejor para dejarnos.

Este libro, que más que libro fue un sueño, se fue fraguando en mi mente desde hace muchos años. Recuerdo que siendo niña escuchaba asombrada a mi abuela contar los relatos de su infancia en la lejana Rusia imperial. El escuchar su historia era para mí un cuento, donde no faltaban las heroínas, los días amargos, los príncipes azules y un final feliz.

Su vida me impactó constantemente, pues estuvo hecha de puro valor, fortaleza y coraje. Por eso quise dejarla plas-

mada en un relato, para que todos pudieran conocer los detalles de su valiente existencia y comprendieran cómo se habían desarrollado los acontecimientos que la trajeron hasta esta tierra que la adoptó como hija y que ella quiso como su propia patria.

Fueron pasando los años, llegó mi adolescencia y, por las circunstancias de la vida, tuve la suerte de poder compartir junto a ella varios años de largas horas de conversaciones y añoranzas que hicieron que me propusiera, en lo más íntimo del alma, escribir sobre su vida algún día.

Así, durante mucho tiempo tuve la profunda certeza de que este momento llegaría, mas no sabía cómo ni cuándo ni dónde.

Comencé a escribir una tarde de los primeros meses del año 2003, decidida a no dilatar más esta meta que me había fijado. Pasó el tiempo y una tarde del mes de febrero del año 2005, en medio de lágrimas y sonrisas, había finalizado el manuscrito.

Escribir sobre su vida fue una experiencia irrepetible, pues si bien siempre la conocí con sus cabellos color plata, tuve que volar en el tiempo hacia atrás para reencontrarla en su infancia cuando, siendo apenas una niña, debió afrontar todas las alternativas del destino con el valor y la fortaleza de un adulto.

Escribir sobre ella cuando niña fue por demás emotivo y enternecedor. Mientras iba componiendo las páginas de sus años, me sentí su compañera inseparable. Patiné con ella en los lagos helados de Zhitomir, corrí detrás de su sombra camino a la escuela, planté semillas en el huerto de su casa, jugué con sus muñecas de trapo pero, más que nada, escuché en el corazón el dolor secreto de sus sentimientos al tener que abandonarlo todo al partir de Rusia y el secreto doloroso de sentirse abandonada a los doce años, en medio de las pampas argentinas, cuando sus padres y hermanos decidieron marcharse nuevamente a Europa. Solo su inseparable hermana

Julia quedó junto a ella, a quien se aferró como un náufrago a un madero para salir adelante en medio de un océano de incertidumbres, incógnitas y temores que se agitaban a su alrededor en una tierra desconocida, donde no comprendía el idioma, no conocía las costumbres y debía buscar su propio sustento.

Remonté con ella el camino de su florida juventud, la emoción y la alegría de su primer y único amor, el nacimiento de cada uno de sus hijos y sus días forjados en el trabajo cotidiano, matizados de lágrimas y sonrisas.

Debo decirles que, al escribir su historia puse el alma, el corazón, los cinco sentidos y el empeño de mi voluntad, para que quienes conocimos a Olga reconozcamos en sus páginas el fiel reflejo de su vida entera. Para que, a través de cada capítulo, viviéramos sus mismas ilusiones, sus sueños, sus incertidumbres, sus angustias y alegrías y viajáramos con ella en el correr de los años reviviendo sus días. Así como para que quienes no la conocieron, este libro fuera una estampa vívida de una historia tan singular como intensamente humana.

Debo confesarles que, mientras iba hilvanando su vida, no solo me he sentido compañera de Olga en las vicisitudes relatadas durante la redacción del libro sino que, al concluir la obra siento que he consolidado para siempre una unión espiritual con ella.

Deseo que cada uno de ustedes al leerlo haga suya su historia, porque en Olga se ven reflejados todos los matices de los sentimientos; aquellos sentimientos que, alguna vez, cada uno de nosotros hemos sentido y expresado.

Ahora dejémonos invadir por los aromas del huerto y de los dulces caseros de la casa de campo de Zhitomir, por el ruido de las olas golpeando en el casco del barco del exilio, por el viento que hace inclinar los eucaliptus y barre los cardos rusos en los caminos, por el llanto amargo del adiós de la separación de padres y hermanos y el llanto feliz y portador de futuro con que la vida bendijo los años de Olga

en esta tierra. Dejémosle la palabra y escuchemos: es nuestra abuela, la pionera, quien va a contarnos su historia para que nosotros sepamos encontrar un sentido más profundo a la nuestra.

La Autora.
Argentina- En un día del mes de junio de 2007.

I

ANSIAS DE LIBERTAD

Domingo 6 de enero de 1980

Esta historia comenzó a salir a la luz, casi sin darnos cuenta, la tarde del domingo 6 de enero de 1980, en un lugar de la pampa argentina.

Caminábamos por el jardín mi abuela y yo cuando, de repente, ella tomó entre sus manos unos racimos de glicinias lilas, que pendían sobre nuestras cabezas enredados a una pérgola, y deteniéndose, aspiró su perfume.

—¿Sabes? —me dijo—, estas flores me traen reminiscencias de mi madre. Fue la última imagen de ella que recuerdo con cierta nitidez. Yo iba a cumplir los dos años y la tarde de verano era calurosa, como hoy. Me llevaba entre sus brazos y me hacía rozar con la frente los ramos de glicinias que trepaban por la galería de nuestra casa de campo de Zhitomir. Fue allí, lejos, y hace tiempo, en la Rusia imperial y yo reía... Juntas reímos aquella tarde. Aunque apenas ahora la recuerdo...

Me quedé emocionada con aquello y la invité a sentarnos bajo la glorieta:

—Cuéntame, abuela —le dije como en un ruego.

Nos sentamos en un banco de piedras bajo la sombra lila de aquellas flores y mientras mis ojos iban y venían acompasando el movimiento de los racimos floridos, Olga comenzó este relato.

Era el relato del largo camino de su vida...

«... Mi madre se llamaba Rosalía Ratkin y murió en 1891 a los pocos meses de aquel verano. Aquel invierno, la glicinia se secó, como si hubiera querido acompañar a mi madre hacia la otra vida. Yo solo tenía dos años de edad y mis hermanas mayores, Lidia y Julia, ocho y seis años respectivamente. Después de casi tres años de viudez, mi padre volvió a casarse con una prima de nuestra madre de nombre Brígida. Era una mujer de carácter enérgico y bondadoso que vivía cerca de nuestra casa en Zhitomir, provincia de Volinia, en la Rusia fastuosa de los zares Romanov.

El zar Alejandro III había ascendido al trono en 1881 junto a su esposa, la emperatriz María Fiodorovna quien, antes de ser Zarina de los rusos, había ostentado el título de princesa *Dagmar* de Dinamarca. El título de zar significaba "césar".

En aquella década, en la que también había nacido yo, el 18 de abril de 1889, habían sucedido grandes cosas. Los griegos se habían apoderado de Tesalia y Epiro. Túnez pasó a ser un protectorado francés. Los bóers obtuvieron su independencia. Comenzó la construcción del canal de Panamá. Pasteur comprobó experimentalmente el principio de la inmunidad, y la música del mundo recibió tres nuevas joyas para obsequiárselas a la humanidad: *La Obertura 1812* de Tchaikovski, *Los cuentos de Hoffmann* de Offenbach y *El Príncipe Igor* de Borodin Henrik Ibsen.

Y el Imperio ruso seguía creciendo.

Creció constantemente durante el siglo XIX hasta extenderse desde el mar Báltico, al oeste, hasta el océano Pacífico, en el este; del Ártico al norte, al Hindu Kush en el sur, y muchos rusos inteligentes se dieron cuenta de que su país, a

pesar de la inmensa extensión que representaba, se hallaba atrasado y necesitaba cambios, pero nadie coincidía en la manera de lograrlos, sobre todo, por la diversidad de pueblos que constituían la Rusia imperial, donde convivían judíos polacos, rusos y alemanes del Volga, finlandeses y germánicos del Báltico, una comunidad griega que habitaba Crimea, tribus nómadas que deambulaban por Siberia, gitanos de Besarabia, armenios, georgianos, mongoles y kazajstanos. Era casi imposible conocer al pueblo ruso, pues dentro de Rusia convivían más de doscientas nacionalidades distintas.

Los Romanov observaban las dificultades y vivían cada vez más atrapados tratando de mantener el control sobre una población de millones de almas de diversas nacionalidades, donde día a día crecía el descontento. Una de esas almas descontentas era mi padre.

Los zares de Rusia eran los verdaderos dueños de todas las personas. De ellos dependía el nombramiento de los ministros, de los funcionarios, de los recaudadores de impuestos y hasta de los policías. Y el pueblo, como nosotros, no tenía voz ni voto.

La familia Romanov era poderosa y manejaba los destinos de la tierra donde yo había nacido desde 1613. Tres siglos de una dinastía que provenía de un noble lituano que emigró a Moscú en el siglo XIV. Uno de sus descendientes, Román Yurev, casó a su hija Anastasia Romanovna con el zar Iván IV, el Terrible, y la familia adoptó el apellido Romanov en honor al padre de la Zarina. En 1613 y con el propósito de poner fin a un periodo de caos, se reunió en Moscú una asamblea de notables que nombró zar a Miguel Fiodorovich Romanov, un sobrino nieto de Iván el Terrible, dando origen a la dinastía mencionada.

Durante los trece años de su reinado, el zar Alejandro III se dedicó a aplastar toda clase de oposición donde la hubiera. Su poder era absoluto y nosotros, a pesar de ser personas

libres, éramos casi como sus "siervos", le teníamos temor y le respondíamos con obediencia.

El primero de noviembre de 1894, cuando yo había cumplido mi primer lustro de vida, el zar Alejandro murió repentinamente a los cuarenta y nueve años. Recuerdo que su muerte sobresaltó a toda Rusia y, por supuesto, a toda la familia imperial. Mi familia no fue ajena a esos acontecimientos que, si bien sucedían a cientos de kilómetros de nuestro solar, repercutían en todas nuestras acciones cotidianas.

El zar Alejandro dejó al morir cinco hijos: Nicolás, el primogénito, Xorge, Xenia, Miguel y Olga, llamados todos "los grandes duques". A Nicolás, por ser el hijo mayor, le correspondió el privilegio de sucederlo. Su ascenso fue por línea directa y por ser descendiente legítimo. Por tan importante motivo, a la muerte de su padre, se convirtió en el Zar de todas las Rusias, ciñendo la corona como soberano imperial. Había nacido el 18 de mayo de 1868 y al morir su padre, contaba con veintiséis años de edad. Se había casado el 8 de abril de 1894 con Alix Victoria Elena Luisa Beatriz, princesa alemana de Hesse-Darmstadt, nacida el 6 de junio de 1872 y nieta de la reina Victoria de Inglaterra, la cual, al desposarse con Nicolás, tomó el nombre de Alejandra Fiodorovna. Se habían conocido cuando él tenía dieciséis años y ella doce. De esta unión nacieron cinco hijos, Olga, Tatiana, María, Anastasia y Alexis.

Los cañones retumbaron con sus salvas en todos los confines del Imperio en honor al zar desaparecido Alejandro III y unos días después, en San Petersburgo, en una ceremonia austera, eran coronados como zares de Rusia Nicolás II y su esposa Alejandra.

En pleno reinado del zar Alejandro III, a mediados de 1894, se llevó a cabo el segundo matrimonio de mi padre con Brígida, la prima de mi madre. Este casamiento se celebró no solo por amor sino también debido a las tristes circunstancias por las que mi padre tuvo que pasar en aquellos días de

soledad y amargura, con tres hijas pequeñas a quienes criar, un templo que atender y una granja para cultivar.

Robert, que así se llamaba mi padre, poseía una bondad innata, capaz de transmitirla a través de sus grandes ojos grises y su franca sonrisa, rodeada de una prolija barba rubia. Tenía cierta similitud con el zar Alejandro y eso a mí, me ponía muy orgullosa.

La vida fue dura con él y lo seguiría siendo hasta el final de sus días. En plena adolescencia había perdido a su padre bajo extrañas circunstancias. En un viaje a Polonia para visitar a unos primos se había detenido con su caballo a beber agua del río Goryn, pero las aguas estaban envenenadas. Cayó muerto, junto al animal, sobre los márgenes del río. Así lo encontró mi padre dos días después, habiendo salido en su búsqueda. Poco a poco cundió el rumor de que los rusos habían envenenado las aguas de todos los ríos para exterminar a las colonias de alemanes que habitaban la región de Ucrania.

Por aquellos días no solo murieron mi abuelo y su caballo, sino cientos de alemanes y todo su ganado. Contaba mi padre que era como si la misma peste los hubiera invadido. Los cadáveres de familias enteras con sus rebaños de ovejas se descomponían bajo el sol, sin dar tiempo a los pocos que habían sobrevivido a enterrar sus cuerpos. Mi padre se salvó bebiendo agua de un pozo que se abastecía con agua de lluvia.

Mi familia era alemana, descendiente de aquellos alemanes que fueron traídos a la Rusia imperial por los fervientes deseos y el especial beneplácito de una princesa prusiana, nacida en Stettin, llamada Sofía Federica de Anhaltzerbst. Poseedora de un ingente caudal de conocimientos y una elegante distinción, Sofía llegó a la corte rusa en 1744, acompañada por su madre, para desposarse con el heredero a la corona del Imperio ruso, el gran duque Pedro. Contrajo matrimonio en 1745, tras haber sido admitida en el seno de

la Iglesia Ortodoxa, y cambió su nombre por el de Catalina. Aprendió rápidamente la lengua rusa, lo que le facilitó su integración en la corte. En 1762 su esposo accedió al trono, pero su gobierno no satisfizo a las clases altas que lo criticaron duramente. Mientras tanto, la Emperatriz, que esperaba la reacción de la nobleza, ganó adeptos y ese mismo año apoyó un golpe de mano que arrebató el poder a su esposo, el zar Pedro III, quien perdió la vida durante la acción.

La corte rusa vio con buenos ojos el audaz golpe y Catalina II se instaló en el trono. A partir de entonces comenzó una corriente migratoria de alemanes hacia Rusia, por especial petición de su Emperatriz. Así habían llegado mis antepasados desde hacía más de tres generaciones y por ese motivo, nosotros seguíamos siendo alemanes nacidos en Rusia.

Mi padre había heredado la disciplina alemana, la alegría rusa y el amor al trabajo de estas dos naciones, por lo que aquella deliciosa conjunción le había dado como resultado un acendrado sentido de la responsabilidad, pero marcado por unas ansias de libertad sin límites. Desde muy joven había sabido prodigar en cuantos le rodeaban todo lo mejor de sí. Asiduo concurrente al Templo, ayudaba al pastor en los oficios dominicales y días festivos, y se le hizo costumbre el gusto por el estudio de las Sagradas Escrituras. Tal fue su fervor por las cosas de Dios que, al morir el viejo pastor, toda la aldea dio su conformidad para que mi padre lo reemplazara. Así pasó a ser, además de agricultor y músico (amaba tocar el violín), el nuevo pastor de la comunidad y un visionario que comenzó a imaginar por aquellos días, a Canadá, como el nuevo y futuro hogar para nuestra creciente familia. (Con el tiempo aquella visión se transformaría en una obsesión, que ya no le abandonaría hasta el día de su muerte).

Al casarse con Brígida, nacieron otros cuatro hijos, Leonardo (*Leo*), Guillermo (*Willy*), Helen y Augusta, por lo que mi familia pasó de tres a siete hermanos, a los que mi

padre tenía que alimentar, vestir y educar. Pero él no le tenía miedo a la vida, como no lo tenían los miles de campesinos que, como él, se arriesgaban a traer hijos al mundo en una Rusia imperial que ya veía tambalear sus cimientos.

Lo recuerdo siempre dispuesto a cultivar, no solo la tierra por donde caminaba aferrado a sus bueyes y al arado, esparciendo las semillas, sino también la sensibilidad de las personas, cuando mágicamente soltaba al aire diáfano de los días festivos las notas de su violín. Pero lo que más le agradaba era cultivar las almas con su oficio de pastor para la santa gloria de Dios y de los zares Romanov. Era un hombre decidido y valiente, pero con los años comprendí que, sobre todo por eso, era un hombre nómada. El mundo para él no terminaba en su aldea rusa, ni en los límites del Imperio. Había otras gentes y otros pueblos en otras latitudes, que él soñaba con conocer algún día, cuando todavía sus brazos tuvieran la fuerza suficiente para levantar un nuevo hogar junto a toda su familia, en aquellos suelos lejanos.

Creo que llevaba en el torrente de su sangre la herencia eterna de los cientos de generaciones que le precedieron y que le impusieron con fuerza, a modo de un sello invisible sobre su frente, todo el ímpetu de las tribus trashumantes de la Prehistoria, el andar errante de los pastores de la Historia Antigua, la visión de los sabios de la Edad Media y la intrepidez de los viajeros de la Edad Moderna. Era como si en un solo hombre se hubiera condensado y resumido la milenaria historia de la humanidad.

Aún hoy, después de casi más de noventa años, recuerdo sus ansias de libertad, buscando otros amaneceres, sin arraigarse materialmente jamás a ninguno de ellos y, digo materialmente, porque sí sé que se arraigó y permaneció espiritualmente junto a cada uno de nosotros, sus hijos, cuando con el transcurso de los años, fuimos dispersados por el mundo, como hojas que el viento se fue llevando antojadizamente.

Su influencia en mis primeros años de vida debió ser muy fuerte, porque dejó marcada mi alma para el resto de mis días.

Sus deseos y sueños de marcharse de Rusia persistieron en él con la intensidad de un huracán que lo devoraba por dentro y le conducía a buscar otros horizontes que él creía más promisorios. Tal vez porque la Rusia imperial, aquella Rusia de los zares, tierra a la cual yo veía como la más maravillosa de todas, con sus bonitos pueblos llenos de recuerdos imborrables, estaba gestando el descontento de campesinos y obreros para estallar años después, en 1905, en una revolución que terminó siendo aniquilada. Pero de sus heridas sin terminar de sanar, surgiría otra revolución más sangrienta doce años más tarde, en 1917, que acabaría por convencerme de que mi padre fue un visionario, al emigrar hacia América.

Como alimentado por una fuerza interior incontrolable, obedeció el mandato de su propio corazón y alegre y seguro se dispuso a cumplirlo.

Todo hombre debe encontrar satisfacción en algo y creo que mi padre la encontró en aquel destino peregrino que le demandaría el resto de su vida. Vida que utilizó para esparcir hijos, anhelos, trabajos e ilusiones que se fueron perdiendo entre el tiempo y el olvido.

Desconozco si mi padre me olvidó con los años, solo sé que yo no lo pude olvidar y que aún hoy, después de casi ochenta años de ausencias, de no ver su rostro, de no escuchar sus palabras, de no sentir su risa, siento su voz pausada que me nombra, llamándome en el campo.

"¡Olga!". Sentí la voz de mi padre que desde el cobertizo me llamaba y me hacía señas con sus manos. Estaba risueño, como siempre que se dirigía a sus hijos. Tal vez se sentía orgulloso de nosotros, pues siempre tratábamos de complacerlo en todo. Los siete hermanos éramos sumisos en cuanto a los mandatos paternos o maternos que nos obligaban siempre a obedecer. Las niñas ayudábamos en las tareas de la casa y los

varones en los quehaceres del campo, además de asistir a la escuela. Creo que mi padre y mi nueva madre, con sus sonrisas y afectos, sentían que compensaban en algo nuestros sueños y alegrías. Aquellos sueños que por esos años de infancia eran pura fantasía y color. Parecía que la casa estaba alumbrada por una buena estrella. Y eso era muy grato para mí. La magia de la infancia se esparcía por todos los sitios de la casa, del jardín y del campo, y la vida transcurría plácidamente, sin percibir las fuerzas incontrolables del destino que se cernían sobre cada uno de nosotros como nubes de borrasca.

"¡Olga!". Volví a sentir la llamada de mi padre, que ahora más que nunca agitaba con alegría sus manos llamándome a su lado. Eran las primeras horas de la tarde. Desde el cobertizo, lleno de fardos de heno para los caballos, se divisaba el camino que se perdía entre los bosques en la lejanía. Los robles amarilleaban sus hojas porque entraba el otoño y todos nos apresurábamos por aquellos días para terminar de cultivar las últimas frutas y verduras que daba el huerto, para almacenarlas, después de disecarlas, en las alacenas de la despensa, para poder abastecernos durante todo el invierno.

Corrí feliz junto a él que me extendía los brazos. Era el año de 1897, yo había cumplido mis ocho años el 18 de abril y aquel día del mes de septiembre se promediaba agradable y cálido.

Mi padre señaló el camino, indicándome que se acercaban diez jinetes de la caballería cosaca, la tropa de choque del zar. La población rusa era de ciento sesenta millones de personas y la guardia imperial controlaba, casa por casa, que se exhibieran los retratos de los zares de todas las Rusias. Pero no solo controlaba que se rindiera homenaje perpetuo a la familia Romanov, sino que controlaba nuestras cosechas, nuestros impuestos, nuestra vida. Estaba segura de que esa tarde llegaban a eso.

Casi todos los granjeros de Zhitomir, donde se incluía mi familia, eran suficientemente prósperos, comparados con los

obreros que trabajaban por un escaso ingreso en ciudades como San Petersburgo, así es que en la sala de la casa, sobre una gran chimenea, se erguían serios y solemnes dos cuadros inmensos con las imágenes del zar Nicolás II y la zarina Alejandra. Era una obligación tenerlos y a eso llegaba la guardia imperial, a comprobar si cumplíamos con lo establecido. Todos los que visitaban la casa debían saludar primero a los santos de los iconos que se hallaban sobre un pequeño altarcito y después a los Zares, con estas palabras: "Dios salve al zar y a la zarina".

Nada me impresionó tanto en aquella tarde como el repicar de todas las campanas anunciando la llegada de la guardia imperial. Las campanas parecían sacudir la tierra. Sonaban antes para anunciar la llegada y después para anunciar la partida. En realidad, las campanas de las iglesias en Rusia sonaban siempre, antes y durante las misas, repicaban al alba o al anochecer. Advertían a los campesinos de los vientos, citaban a los funerales, bodas o fiestas y anunciaban festividades, desastres y victorias en las guerras. Las campanas siempre anunciaban algo, festivo, triste, alegre o serio. Eran de hierro, cobre, bronce y plata. Algunas eran enormes, como la de la iglesia de Rostov que, decían, podía oírse a treinta kilómetros a la redonda. La torre de Iván el Grande en Moscú era famosa en todo el imperio, pues tenía casi cien metros de altura y contenía una colección de campanas superpuestas. La mayor pesaba sesenta y cuatro toneladas, pero una sobrina de Pedro el Grande hizo construir una campana de doscientas toneladas, por lo que podría afirmarse que si todas las campanas de Rusia tocaran a la vez, harían retumbar toda la tierra.

Aquella tarde las campanas repicaban al compás del paso de los caballos de la guardia imperial. Mi padre se apresuró a retornar a la casa, quería que toda su familia estuviera vestida para la solemne circunstancia. Y digo solemne, porque viviendo en el campo, la visita de la guardia de los Zares se transformaba en algo serio y majestuoso, que convertía la circunstancia en uno de los acontecimientos más importantes del año.

Corrí a cambiarme las botas llenas de barro y de heno. Peiné mis trenzas y me puse la cofia blanca adornada con bordados, luego el vestido marrón de lanilla con mis enaguas de puntilla, que llegaban hasta donde comenzaban mis botines negros acordonados. Aquellos botines que solo calzaba para los días festivos y que habían pertenecido a Lidia, mi hermana mayor, y a los cuales yo cuidaba como lo más lujoso de mi vestuario.

Estuve lista en unos pocos minutos, mientras miraba asombrada el trajinar de la casa. Mi madrastra corría de un lado al otro alistando a los más pequeños, alisándose el pelo, poniéndose su cofia almidonada y su delantal blanco. Mis hermanas mayores, Lidia y Julia, ya estaban preparadas desde hacía rato, mientras la guardia se acercaba al galope y nosotros controlábamos el tiempo a través de los visillos de las ventanas. Mi padre se lavó la cara, se peinó y se vistió con su chaqueta de cuero de oveja color marrón, forrada con pieles y botones de metal. De repente, toda la familia Meissner estaba lista y sonriente, parada en la entrada de la casa. Parecíamos un conjunto de soldados dispuestos a saludar con solemnidad a la guardia real que se acercaba al paso acompasado de sus caballos, mientras los perros de la casa salían a su encuentro, ladrando a los cuatro vientos.

Los cosacos se detuvieron a la sombra de los castaños, ataron sus caballos bajo los árboles y se acercaron en silencio. Los perros continuaban ladrando amenazadores, pero a una orden de mi padre, se escabulleron al cobertizo. Nosotros mirábamos sonrientes, pero la guardia real traía cara de pocos amigos. Mi padre saludó con una reverencia, mientras yo me preguntaba si vendrían a observar si nosotros respetábamos la ley y a ver si en la sala principal de nuestra casa colgaban solemnes los retratos de nuestros Zares. ¿O tal vez llegaban para amenazarnos con que entregáramos más de nuestras cosechas y de nuestros animales para alimentar a los pobres que día a día iban aumentando?

La guardia rodeó a mi padre mientras nosotros nos quedamos todos inmóviles parados contra la pared. El sol de la tarde amarilleaba los contornos y su resplandor me impedía abrir bien los ojos para mirar los ojos de aquellos hombres. Decían que a través de los ojos se podía ver el alma, y yo quería ver el alma de aquellos que habían llegado. Pero solo pude ver los ojos de mi padre, preocupados, angustiados, porque aunque los ojos no hablaran, podía ver a través de ellos su tristeza y amargura. Se llevó las manos hacia los cabellos, se le borró la sonrisa, se apoyó en la frente, mientras el jefe de la guardia real seguía hablándole en un tono tan bajo, que me impedía dilucidar sus palabras.

La conversación se fue extendiendo demasiado, por eso, a una orden de mi madrastra, mis hermanos y yo entramos en la casa. Nadie interrumpió el silencio. ¿Qué sucedía? ¿Acaso mi padre sabía algo que nosotros ignorábamos? Sin duda así era, pues por aquellos años felices de la niñez trataban de ocultarnos el dolor y las preocupaciones, como si el mundo de los problemas y las dificultades fuera solo de los mayores, dispuestos siempre a allanar el camino de las generaciones menores que los proseguían. Transcurrieron los minutos. Yo había perdido la noción del tiempo, tal vez por el miedo y la incertidumbre que aquella situación me provocaba. Yo adoraba a mi padre y todo aquel que podía potencialmente causarle alguna preocupación o dolor a su noble corazón me producía temores.

No recuerdo cuánto tiempo pasó, tal vez bastante, porque cuando mi padre abrió la puerta de la casa, me desperté sobresaltada. Observé que ya había anochecido porque las primeras sombras de la noche se escurrían entre los visillos de las ventanas. Todos levantamos la vista para mirarlo. Su rostro estaba demudado. Se hizo la señal de la cruz al cerrar la puerta con el cerrojo y nosotros le seguimos, luego rezó las oraciones de la noche y nosotros le respondimos. Yo notaba que mi cuerpo temblaba, tal vez de frío. Estaba destemplada.

Tal vez de miedo por lo desconocido. Cuando terminamos de rezar, enjuagó sus manos con una jarra que había sobre la mesa, mientras mi madrastra, presurosa, le acercaba una blanca toalla. Luego se sentó en la cabecera. Mi madrastra sirvió la cena. Comimos en silencio. Recuerdo que se escuchaba solo el crepitar de los leños en la chimenea y el ruido casi imperceptible de los cubiertos al chocar contra los platos. Acabada la cena, dimos las buenas noches con un beso a nuestros padres y nos fuimos a dormir.

Mi padre se levantó de la mesa y se sentó en su poltrona junto al fuego de la chimenea, mientras mi madrastra terminaba de ordenar los enseres. Cuando hubo concluido la tarea se sentó a su lado y él comenzó a contarle, con voz pausada, lo que había acontecido aquella tarde.

Yo había dejado, como al descuido, la puerta entreabierta y atenta a la conversación, pude escuchar lo que mi padre decía. Parecía que el corazón se me iba a salir del pecho, por lo que tuve que poner mis manos sobre él para tratar de calmarlo, pero entonces sentí que mi corazón igual se me escapaba y que se saldría por mi boca. Palpitaba tan fuerte, que me entorpecía poder escuchar las palabras serenas de mi padre. Sin embargo, su voz, lejos de causarme temores, me trajo serenidad. Así era él, por eso en la aldea le habían elegido su pastor. Él siempre transmitía paz, serenidad, esperanzas. Sí, esa era la palabra precisa, esperanzas.

Esperanzas que brotaron de mi alma al notar en su voz ese entusiasmo que de pronto me parecía irreal. Mi padre definitivamente era un ser extraordinario. Las situaciones difíciles eran para él un acicate. Parecía que en lugar de haber cerrado la puerta con cerrojos, para que nadie pudiera hacernos daño, estaba abriendo las ventanas de su alma, de par en par, para que todos tuviéramos la oportunidad de poder volar, muy lejos de Rusia, a otras tierras en las que alboreaban aires de verdadera libertad.

Agudicé mi oído para escucharle. Por suerte, mi corazón al escuchar su voz tranquila se serenó y sus palabras fluyeron claras y precisas hacia mí. Mis hermanas mujeres todas dormían y en el otro cuarto, los varones, hablaban en voz muy baja.

La situación en Rusia no era sencilla. Se avecinaban tiempos difíciles de hambre y de guerra y mi padre tenía la responsabilidad, que le atenazaba, de que en casa había varias bocas que alimentar. Mientras estuviéramos en la granja no iban a existir mayores problemas pero la situación cambiaría, todo escasearía, los impuestos se multiplicarían, las reservas se agotarían, mientras sus ansias de libertad parecían resurgir inversamente al tener la confirmación precisa de que aquella situación de tranquilidad y sosiego aparente, de la que habíamos gozado hasta entonces, no sería duradera.

En las vastas y variadas tierras de Rusia, los pobres se apiñaban por doquier, las aldeas, que podían tener entre una docena y cientos de casas como la nuestra, se alzaban en los claros de los bosques y también en las orillas de los ríos. De allí obteníamos el sustento. Los bosques nos proporcionaban la leña para cocinar y calentarnos, la madera para nuestros techos y con su noble corteza nos hacíamos los zapatos. Los campos nos daban ovejas, cerdos y vacas de donde sacábamos leche, pieles y carne, y un sinnúmero de aves de corral. Las preferidas de mi padre eran los patos y los gansos, por centinelas, pues sus graznidos ahuyentaban con la ferocidad de un perro. Mi madrastra preparaba con ellos sabrosas comidas al horno al rellenarlos de arroz, ciruelas y uvas pasas, o al hornearlos con manzanas o cebollas, rociados con jugos de frutas. Sus plumas más suaves las utilizábamos para los "gansitos", aquellos acolchados que usábamos para dormir, livianos y calientes, que hacían las delicias del invierno, forrados con telas blancas de algodón. Recuerdo siempre que por aquellos años, cuando cruzábamos los ríos o lagos helados con los carros de caballos y el hielo no se quebraba por su

gran espesor, dormíamos solo con las sábanas y los "gansitos" que nos cobijaban como en un nido lleno de calor y suavidad. Pero estos recuerdos quiero dejarlos para después, pues no quiero apartarme de lo que aconteció aquella tarde.

Aunque los siervos en Rusia se habían emancipado en 1861, en tiempos del zar Alejandro II, las raíces de la servidumbre eran demasiado profundas. Los campesinos como nosotros pagábamos tributo a los nobles dueños de las tierras, que a menudo se quedaban con la mitad de nuestras cosechas. Aquella tarde, la guardia imperial había venido a avisar a mi padre, y a todos los hombres de la aldea, de que ese año se quedarían con los dos tercios de lo que recolectáramos.

La miseria se cerniría sobre nosotros y no había otra alternativa que escapar cuanto antes de Rusia, o morir en Siberia en el destierro, por desacatar las órdenes del Zar.

Previendo el descontento que no tardaría en llegar, aquella noche mi padre tramó la huida. Solo mi madrastra compartió con él sus angustias y sus incertidumbres, pero también la esperanza de escapar hacia un nuevo mundo que se hallaba más allá del océano y al que llamaban Canadá.

Aquella noche me pareció eterna. El misterio de lo desconocido me agobiaba y mi cuerpo temblaba. No sabía cómo serían los días por venir, sobre qué futuro iba a edificar mi vida recién iniciada, sobre qué tierras, junto a qué personas, en qué atardeceres se perdería mi vista, o en qué noches amargas lloraría las penas de una inmensa soledad sin consuelo.

Pero todavía estaba a tiempo de ser feliz, porque cuando amaneció, la luz del sol borró mis angustias. Solo supe que, durante toda mi vida, las sombras de la noche agigantarían siempre mis miedos, miedos que se borraban al despuntar el sol, esa luz de esperanza que me mantuvo viva cuando creía que iba a morir de pena.

"¡Olga!", sentí la voz de mi padre que me llamaba y corrí feliz a darle el beso de los "buenos días", luego volví a la cama otro rato, pues aún era temprano...».